

y otro; puesto que, siendo uno mismo en su origen, objeto, sugeto y fin, se economizan todas aquellas reflexiones, que necesariamente deberían repetirse, si se enseñaran separados, se metodiza mas el estudio, se poseen las materias en ménos tiempo y con mayor profundidad: ventajas incontestables, que pueden conseguirse, sin perjuicio de la separacion oportuna, que en el cuerpo de las pruebas debe hacerse entre los documentos de la revelacion y las deducciones evidentes de la razon humana. De todos estos datos hemos partido para creer, que *la union del Derecho natural con el positivo divino destruye muchos inconvenientes, proporciona grandes ventajas, ha sido en todos tiempos una necesidad filosófica, y lo es mui principalmente en el estado actual de la ciencia.*

XI.

Pasando á la Literatura, yo debo comenzar haciendo al siglo una confesion ingenua: y digo francamente, que si el tipo de la Literatura se ha de buscar en la escuela de Diderot y de Rousseau, en la de Alejandro Dumas ó Eugenio Sue, nada tiene de comun con ella el principio teológico, ni pueden existir entre ambos otros puntos de relacion que los que haya entre la prostitucion del talento y la censura de la moral. Pero no, la Literatura tiene una extension mas vasta; y por mucho que influya para bien ó para mal un talento clásico ó una imaginacion frenética, la Literatura no puede reducirse jamas al individualismo de una boga funesta ó de una celebridad merecida. Su círculo es tan vasto como la sociedad, y sus vicisitudes no pueden calcularse sino por el grande movimiento de un siglo, las revoluciones sociales y las crisis filosóficas y políticas de los pueblos. Mezquinamente han

pensado los que por un extravío de método, ó un refinamiento de análisis, han querido reducir la Literatura al colorido del pensamiento y á las formas del estilo: puesto que ella es la sociedad misma en el estado que presenta bajo las relaciones innumerables que el talento de la palabra y de escribir tienen con los acontecimientos, los usos, las costumbres, las instituciones y las formas sociales, así como tambien con los progresos de la civilizacion, los descubrimientos útiles y los adelantos científicos. Si queremos encontrar la Literatura de un pueblo, „es necesario, dice un autor de nuestros días, ir á sorprenderla en el seno de la misma realidad, y sobre todo en la mezcla de los grandes intereses que animan al mundo político.....En este sentido, añade, la Literatura es la voz de un pueblo, es el órgano por donde manifiesta todas las necesidades de su existencia moral é intelectual; es el depósito de las ideas, de los sentimientos, de las pasiones que han agitado á los hombres. Vínculo comun de los espíritus, intérprete de las opiniones, de los gustos, de las preocupaciones de cada generacion, la Literatura lega este depósito á las edades siguientes, convirtiéndose así en un espejo fiel que refleja sobre nosotros la imágen de los siglos que nos han precedido..... La Literatura, lo mismo que las artes de un pueblo, es la expresion de su vida moral é intelectual, esto es, de todas las necesidades mas grandes de nuestra naturaleza: necesidades de la imaginacion, que concibe y realiza lo bello en las artes; necesidades de la inteligencia, que busca lo verdadero en la conciencia humana para la filosofia, y en el mundo exterior para las ciencias físicas; necesidades de nuestro ser moral, que tiende á practicar el bien, á simbolizar lo infinito en la religion, y hacer pasar la

idea de lo justo tanto á las instituciones, como á las relaciones particulares de los hombres. (†)

1. Siendo pues la Literatura la expresion de la sociedad, trascienden á ella sin duda todos los principios que en la sociedad influyen, y por consiguiente, el que tiene el principio teológico sobre las ciencias y la política, sobre la educacion y sobre las costumbres, es la medida del que debe ejercer en la Literatura. ¿Cuándo dejará de ser indispensable la aplicacion de los principios católicos para el progreso de las letras? Cuando la razon haya proscrito enteramente la autoridad, cuando haya entrado la division entre la política y la moral, entre la moral y la religion; cuando el ateismo constituya la sociedad, y el deismo la dé su forma; cuando las persuaciones sean todo, y las creencias nada; cuando la fe haya abandonado la tierra, y ya no descuelle ni una cúpula sagrada entre las moradas de los hombres. La Literatura entónces estará exenta del influjo del principio; pero, señores, vosotros comprenderéis, que la sociedad estaria inhabitable, y yo tengo para mí, que no existiría.

2. Pero no quiero ganar terreno en la aglomeracion de estas ideas generales: desciendo con gusto á las especies. Pienso hacer mas: abandono los ramos en que pudiera ser ménos controvertida la influencia del principio teológico, para ocuparme preferentemente en aquellos que parecen ménos religiosos. Dejo aparte la Historia, que hoy, sin los principios católicos, no podria quedar á salvo de la duda, ni aun con las solemnes protestas de Tácito, como podrán decirlo por una parte Bossuet, Rollin y

(†) ARTAUD. *Art. LITTERATURE. Dictionnaire de la conversation et de la lecture.*

Chateaubriand, y comprobarlo por otra Gibbon, Voltaire y Condorcet: prescindo de la filosofía en sus relaciones literarias: bien sabéis, que *la palabra vale tanto, como el hombre que la emplea*; y bajo este respecto, los literatos lo serán tanto como filósofos: el prestigio de una palabra ha solido desquiciar una ciencia, como una estatua de imaginacion sirvió para proscribir el espíritu y anunciar la entrada del materialismo. Poco tendria que añadir en este punto á lo que ya tengo dicho sobre los filósofos. Os hablaré pues, limitadamente de la elocuencia y de la poesía; y pienso hacer algo mas, aunque no me obligue, daré unos pasos con vosotros por el terreno de las bellas artes.

3. La elocuencia de los antiguos estaba sostenida ménos por los apoyos del talento y del genio, que por el carácter de las instituciones, la magnitud de los intereses y la influencia política de la mitología pagana. Sobre todo, el amor de la patria, que llegó á ser en las principales épocas un sentimiento exclusivo, se adunaba muy bien con la moral de entónces, y mezclándose casi imperceptiblemente en todas las escenas de la sociedad, dió aquel temple único, por explicarme así, de vehemencia y de ternura no ménos á la imaginacion que á las pasiones; el cual fué suficiente para colocar en el primer rango á los insignes oradores de las antiguas repúblicas. Pero despues que la filosofía, debilitando las creencias y relajando las costumbres, introdujo en la sociedad una especie de epicureismo político no muy diverso del positivismo de nuestros tiempos, la elocuencia, desprovista ya de los grandes pensamientos y de las pasiones heroicas, empezó á padecer una consuncion semejante á la sociedad; y si no pereció del todo, es porque el despo-

tismo de los emperadores crió para ella una plaza en el Estado, encargándola de suplir con sus hipérboles la gloria que ellos no habían podido conquistar por sus virtudes. La elocuencia antigua había concluido pues, antes con mucho que apareciese la sociedad moderna, y estaba por tanto en el caso de renacer, como todo lo demas, bajo el influjo creador y reparador del cristianismo.

Bajo este punto de vista debemos colocarnos, para estudiar las relaciones del principio teológico con la elocuencia. Es necesario verla brotar, como de la nada, juntamente con la poesía y las bellas artes, de entre un campo inmenso poblado de ruinas y de escombros, al calor fecundo de la religion, y bajo la accion laboriosa de la Iglesia católica.

Si la elocuencia es el arte de hacer pasar á la práctica los sabios documentos de la verdad y las benignas y dulces inspiraciones de la virtud, podrá, señores, desgajarse en sus varias especies, segun la diversidad de los intereses bien entendidos, á cuyo arreglo y custodia deben estar consagrados los diferentes frutos de las ciencias; pero nunca dejará de ser, bajo la pena de perder su naturaleza y de extraviar su curso, verdad en sus principios y en sus medios, virtud en sus resultados, felicidad sólida y duradera en sus fines. Pues bien, señores, este triple tesoro, grite cuanto quiera la pobre y desesperada filosofía, ha sido, es y no dejará de ser nunca, un patrimonio exclusivo de la Iglesia, y, no os sorprendáis, el verdadero, el único elemento de la libertad. ¿Cuál de estas cosas se nos disputará? ¿Acaso que la verdad, la virtud, y la felicidad son al mismo tiempo los caracteres esenciales y los títulos únicos de poder, de magnificencia, de grandeza, y de gloria que tiene la elo-

cuencia? Este sería el mas bello triunfo para nuestro principio. Pero no, la filosofía mas prostituida todavía presume de poseer, ó de buscar por lo ménos, aquellas tres cosas, y todavía se aduna con la imaginacion y el sentimiento, para mendigar las recompensas de la elocuencia. El lector sensato se ofende de tanta procacidad; pero los novelistas de hoy nunca dejan de anunciarse, como los bienhechores del género humano. Yo se los agradezco; porque al fin, su hipocresía me allana un poco el paso, para no detenerme más en el desarrollo de estas ideas.

Si la verdad, la virtud y la felicidad son, como acaba de verse y se ha inculcado en todos los siglos, aun entrando el paganismo, por los mas insignes maestros del arte, si son, repito, los elementos, los destinos y los fines de la elocuencia, ¿cómo, señores, podrian cortarse con ella las relaciones naturales del principio teológico? La verdad, señores, está en Dios, la felicidad solo puede hallarse en Dios. Y no os imaginéis, que hablando de esta suerte, quiero forzar vuestra inteligencia á no salir del terreno del acetismo: nada ménos: bien me abstendria de llamarnos hasta Dios, si él no fuera el principio y el fin; si dentro de este principio cardinal y este fin último solo pudiera tirarse la línea que recorren las virtudes teológicas, y si pudiera concebirse un solo objeto capaz de dirigirse y tocar á la perfeccion, sin caminar por esta línea.

Pero en fin, la elocuencia es toda moral, porque se dirige á todo y solo el hombre: las facultades del entendimiento, los resortes de la voluntad, he aquí su materia: la sociedad, he aquí su teatro; los intereses bien entendidos, he aquí su resorte; el orden y la felicidad pública, he aquí sus miras. Pues bien, la moral es nada ménos

que el principio teológico en sus leyes, en sus máximas, en su parte práctica, en la esfera de su acción. No hai poder tan vehemente como el de la elocuencia, y por tanto, no hai resorte mas enérgico para la sociedad. ¿Porqué la prensa puede consolidar los gobiernos ó derrocar las instituciones? Porque la elocuencia domina las pasiones, y las pasiones mueven al mundo. Será ella, por tanto, un poder tiránico ó un poder benéfico y regulador. ¿Cómo caracterizar pues este influjo? Tomando los dos puntos extremos de la línea que recorre. ¿Parte de la moral? ¿tiende á la virtud? Señores, en este caso la solución pertenece por entero á la dicha de los estados. Pero si no es así, la elocuencia es un poder anárquico, es un torrente de fuego precipitándose sobre un campo lleno de combustibles.

Dar un principio noble, un objeto digno y una sábia dirección á los vehementes impulsos de la voluntad humana, tal es el genio de la elocuencia. La moral tiene la soberanía sin duda, porque encierra la lei y la sancion; pero la elocuencia será siempre su primer ministro. La elocuencia, pues, desarrolla un poder. ¿Queréis medir su extension? computad su fuerza motriz. ¿Es la moral filosófica? el movimiento será tortuoso, parcial, precario: porque, como ha dicho un filósofo, *el amor exagerado de sí mismo será siempre el peor enemigo del amor de los otros.* ¿Es la moral verdadera? El movimiento será perpetuo, el órden estable, la economía perfecta y la marcha regular y constante; porque si una moral que se funda en los intereses, es esencialmente egoista; una moral que se funda en los sacrificios, es esencialmente social.

Pero vengamos á los modelos: desde luego se nos anuncia una cuestion mui importante. ¿La elocuencia moder-

na se ha elevado sobre la elocuencia antigua? ¿Es igual, ó es inferior á ella? Para resolver esta cuestion, permitidme, señores, que poniendo aparte nuestros principios católicos, con esa imponente galería de obras maestras que ellos han creado, espere que la filosofía conteste, sacando á plaza sus declamaciones y sus novelas, y yo creo, que la solución será mui humillante para la sociedad moderna. Pero contad con el principio teológico, y digan lo que quieran sus enemigos, veréis á la elocuencia en todos sus géneros elevada por el influjo de la Iglesia hasta una altura que ni columbrar pudo la sábia antigüedad. Yo no me ocuparé por decontado en la cita de los grandes nombres; no llamaré vuestra atención hácia los siglos del oro del cristianismo; tampoco me empeñaré en deteneros á contemplar las épocas ilustres que siguieron al renacimiento de las letras; no os presentaré el bello contraste que ofrece la lengua griega en los oradores del cristianismo, con la miserable languidez con que hoy se arrastra en esas naciones que no han querido dejarla en el catálogo de las lenguas muertas: porque en cuestiones de esta naturaleza, es preciso abandonar el individualismo de los hombres célebres, para poder mirar frente á frente el movimiento general de las ideas, el carácter de los siglos y de las naciones. Básteme decir sobre este punto, que si al hacer la sociedad su transición á nuestra Era, hubiese contado solo con los elementos antiguos de parte del talento, y con el teatro moderno, es seguro, no lo dudéis, que se hubiera debilitado y aun extinguido hasta el interés de sus primitivos recuerdos. La idea de estar mas adelante, porque se ha venido despues, podrá ser un brillante sofisma, pero nunca un sólido argumento. ¿Queréis una prueba? Decidme, pues, si pudiera hombrearse la elo-

cuencia de los tiempos de Séneca, con la elocuencia misma en la época de Marco Tulio, de Cesar y Catón.

¿Dónde están las ventajas de la elocuencia moderna sobre la elocuencia antigua? Señores, primero, en el pensamiento; segundo en los medios de persuadir; tercero, en la extensión de su objeto; cuarto, en la importancia de sus resultados. No creo que haya uno solo capaz de oponer el saber antiguo al saber moderno. En este punto no puede haber cuestión. Filosofía, Moral, Política, Legislación &c., todo ha cambiado, haciendo una transición de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida. Trátese del saber, no encuentro tanto orgullo, ni un carácter tan paradójico en el célebre escritor, que sorprendido á la vista de la magnificencia y brillo con que se presentan las ciencias, las letras y las artes, en las más ilustres épocas modernas, no volvió una mirada hácia la antigüedad, sino para manifestarnos, que había encontrado á Atenas *salvaje* y á Roma *bárbara*. (1) Pero este saber, que consiste todo en el gran cuerpo de las doctrinas, no es más que el resultado consiguiente á ese movimiento sublime que ha traído la razón del cristianismo, girando sobre los dos polos de la inteligencia y la fe.

Los medios de persuadir, esto es, los argumentos, las costumbres y las pasiones, han debido modificarse mucho en la sociedad moderna; y esta modificación, aunque no puede negarse que es poco favorable para excitar con viveza las pasiones; es inconcusamente más racional, más filosófica, más digna y más conforme á los grandes fines de la elocuencia.

„¿Qué se necesita, decía Buffon, para arrebatarse tras

(1) SEGUR. *Mémoires, et souvenirs*. T. 1.

de sí á la muchedumbre vulgar de todo un pueblo? ¿qué se necesita para deslumbrar y persuadir á la mayor parte de los hombres? Un tono vehemente y patético, expresivos gestos, palabras rápidas, fulminantes y sonoras; pero si se trata de aquel corto número de personas dotadas de exquisito gusto y delicado tacto, para quienes valen poco el tono de la voz, el vehemente accionado y la vana inflexión de las palabras, ya entonces se requieren pensamientos y raciocinios; ya es preciso entonces saberlos presentar, y á más, saberlos variar y coordinar.”

(1) Hablando, pues, con la limitación que es conveniente, para no propasarse á ideas exageradas, y por lo mismo erróneas, puede decirse, que el orador académico establece en este lugar las diferencias más características entre la elocuencia de los antiguos y la de los modernos, principalmente en las últimas épocas. El pueblo siempre es pueblo; pero es preciso convenir en que creencias más uniformes, más consecuentes, más bien relacionadas con la inteligencia, y una civilización más depurada y mejor difundida, han dado aun la elocuencia popular un carácter ménos vehemente, pero más culto y sobre todo más demostrativo. Hablando de la elocuencia tribunicia y forense, de la elocuencia parlamentaria y de nuestro género exornativo, poco debemos empeñarnos en probar que ha mejorado notablemente la institución. Se advierte que á medida que los Estados son más cultos, la imaginación y las pasiones obran con más aplomo en la elocuencia, y si se ha perdido mucho de las fuertes vibraciones del corazón, se ha ganado más, en verdad, exac-

(1) *Discurso pronunciado en la Academia francesa, el día en que fué recibido socio de ella.*

itud, conveniencia, justicia y utilidad. Los intereses mas caros del individuo y de las naciones no pueden ya sostenerse con solo el poder de un orador célebre: hai mas, la misma celebridad corre mucho riesgo, si no desciende al terreno de lo positivo, ni transige con los intereses y las exigencias frias, por explicarme así, pero estrechas y urgentísimas de los pueblos. Hechos y consecuencias, he aquí la elocuencia moderna: obras y no palabras, he aquí el tema universal del cristianismo. El principio católico se halla pues de acuerdo con los intereses de la sociedad: su influjo alcanza hasta los que mas le combaten; y si la elocuencia profana es mas fecunda en verdades, mas sólida en pruebas, mas sobria en el uso de las formas, mas recatada en las costumbres y mas medida en las pasiones, demos las gracias, por ventajas tan positivas, al gran principio católico, único que pudo regenerar en todo sentido la sociedad. Mas la elocuencia moderna, cercenando mucho á la imaginacion y á las pasiones, ha dilatado prodigiosamente la esfera de su accion, dando mayor extension á su objeto y generalizando el interes de sus resultados. Dirigios á la antigüedad: recorred las arengas de Isócrates, Esquines y Demóstenes, los discursos de Cesar y Caton, y la galería de obras maestras oratorias que legó á la admiracion de la posteridad el genio del orador romano. Yo admiro con vosotros la perfeccion de tantos grandes modelos; pero pregunto: ¿conservan este carácter para nosotros? ¿hai en todo esto la extension, universalidad, verdad &c. &c. que requiere la sociedad moderna? Señores, esta perfeccion oratoria es histórica, no nos cansemos, pero no es esencialmente social, no es rigurosamente científica: porque relativa siempre y del todo á ciertas situaciones de la sociedad,

no podria adaptarse con fruto, y aun sin ridículo, á nuestras juntas deliberantes, á nuestras relaciones diplomáticas, á nuestro interes por lo positivo en la grandeza del talento y del heroismo, á la fria severidad de nuestros magistrados. Yo no presentaré gran pábulo á vuestra sensibilidad en una galería de oraciones vehementes y apasionadas sobre puntos y objetos singulares; pero abriéndoos los fastos de la elocuencia moderna, enumeraré las academias é institutos científicos, os haré notar el paralelismo de la imaginacion, el raciocinio y el sentimiento en la elocuencia académica, llamaré vuestra atencion hácia todos los códigos, fijándola mui particularmente en los últimos que se formaron en Francia, y por fin, prescindiendo, por no ser prolijo, de citar uno á uno á los oradores modernos, me convertiré con vosotros hácia esa region inmensa, donde la elocuencia moderna en todos sus ramos pasea delante del mundo su vuelo magestuoso y tranquilo, encadenando ménos la admiracion que el reconocimiento de todo el género humano. Verdad es que los abusos siguen tambien la razon de la sociedad; pero no ignoráis, Señores, que las declamaciones frenéticas de la tribuna revolucionaria no se recuerdan sino para maldecirlas, y que el desentono de la palabra que ha consagrado algunas veces nombres funestos en la boga del momento, no ha sido parte á salvarlos, ni á ellos ni á sí, del desprecio de la posteridad.

No me propongo fijar vuestra atencion en la elocuencia sagrada: sus caractéres inimitables, su accion inmensa, su poderio divino, su influencia irresistible, su fecundidad infinita, no son para tocarse rápidamente; mas por fortuna tampoco exigen demostracion. Sin deciros pues otra cosa, sino que en el púlpito, en los libros, en los consisto-

rios, en los concilios, y tambien en las asambleas deliberantes sobre objetos de su resorte, ha dado pruebas irrecusables de su grandeza, y ha formulado aun en el órden profano la verdadera elocuencia moderna; paso desde luego á decir algo sobre la poesía y las bellas artes.

Sin duda alguna, señores, que si hai un ramo en que las mas bellas facultades de nuestro espíritu campeen con mayor soltura y desembarazo, y obren con una libertad casi ilimitada, este ramo es la poesía. Desde los tiempos en que la severa crítica del clasicismo habia dado un código á la imaginacion y al ingenio, ya se veía consignada, como un derecho incuestionable, la omnimoda libertad concedida por el buen gusto á los pintores y á los poetas. Ni el órden lógico, ni la sucesion histórica, ni aun la verdad absoluta eran cosas exigidas en sus obras; pero atendiendo al comun objeto de todas las producciones humanas, siempre se creyó que era una lei imprescriptible la moral, así como tambien la verosimilitud. Bajo el artificio de personajes fingidos, de sucesos inventados y de pasiones supuestas, los poetas han tenido el deber de pintar y mejorar el hombre y de aleccionar, pulir y moralizar la sociedad. Bajo cualquier aspecto que la poesía sea considerada, ella carecerá siempre de objeto, de interes y de gloria, si no parte de la religion, camina por la religion y se dirige á la religion. Y no imaginéis, señores, que al explicarme de esta suerte, intento traer á la Iglesia toda la poesía, ó desconozco interes en la que no sea sagrada, ó proscribo las muchas y diversas especies en que los maestros del arte han distribuido la poesía profana. No: quiero que este bello timbre de espíritu humano no se condene á sí mismo á la penosa

esterilidad de un talento, que léjos de contar con el noble estímulo y el estro sublime de la religion, se esfuerza por sacudir el saludable freno de la moral. Mi asunto es vasto, señores, pero sujeto por la lei de un discurso, donde no entra, sino como una pequeña parte, á ocupar un lugar estrechísimo, no me permite, sin duda, el mas pequeño desarrollo, cuando por otra parte se complica de una manera tan cardinal con las mas célebres cuestiones de nuestro siglo.

Si se trata, Señores, de la naturaleza física pintada por el genio, y magnetizada, digámoslo así, por la imaginacion, tened presente que el historiador, el pintor y el poeta vendrian á confundirse en un mismo rango, si estuviesen todos limitados á la mui estimable, pero poco fecunda tarea de describir. Se ha perdonado sin duda al célebre Buffon, que no tenga la exactitud geométrica, por explicarme así, de Lineo, ni el carácter mas reposado y filosófico de otros: porque reuniendo al genio de la ciencia el talento de escribir, como advierte La-Harpe, derrama todos los encantos de un bello estilo sobre un escrito que por su clase pertenece mas bien al género didáctico. Y si la naturaleza, para valerme de la significativa frase de Juan Andres, se pavonea de verse pintada por Buffon; ¿cuánto no exigirá del poeta, que no la describe, sino para trasportar el alma con sus primores y sus encantos? ¿Para cuándo se quedarian los bellos contrastes, los tiernos recuerdos, las felices armonías, las relaciones inefables de los tres mundos, si no habian de venir todos á pagar su tributo al maravilloso poder de la poesía descriptiva? Si en este bello asunto no ha de ser la naturaleza un intérprete feliz entre Dios y la primera de sus criaturas, la poesía quedará degradada, y en vez de ser la

hija del cielo, tendrá siempre que arrastrarse por el fango de la tierra. Esta necesidad de fe, esta lei del misterio, que parecen inseparables de la inspiracion poética, divinizaron la naturaleza toda en los siglos del paganismo, y como si el poeta se hubiese desdeñado de ponerse á nivel con objetos puramente terrenos; despues de haber hecho los honores divinos al primero de los astros, encontró á los dioses en las espesuras de los bosques, en las corrientes de los rios y en el profundo abismo de los mares. ¡Qué triste es la naturaleza, cuando no se halla en relaciones estrechas con nuestros pasados recuerdos, nuestras condiciones presentes y nuestro encantado porvenir! Y ¿dónde sorprender estas relaciones misteriosas y sublimes, si abandonando el pensamiento religioso, extinguimos la antorcha feliz que nos muestra el mas bello prisma con que puede admirarse, sentirse y amarse el cuadro magnifico de la creacion?

Y ¿qué diré de la poesía lírica, cuando hasta en la misma didáctica exigimos el colorido y el sentimiento, para pagar al poeta los tributos que nos pide cuando desciende con su imaginacion hácia los objetos exclusivos del raciocinio? La poesía lírica se engolfa toda en el mar inmenso de las pasiones. Ora las pinte para debilitar su poder, haciéndonos temblar á la vista de sus estragos, (†) ora las muestre sometidas al imperio del heroismo, para

(†) *La codicia en las manos de la suerte,
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.*

RIOJA.

hacernos admirar el carácter sublime de la virtud, (*) su materia son siempre las pasiones: materia indómita, si el genio que la maneja no viene robustecido por la moral y autorizado por el cielo. ¿Querriais, señores, ver ocupada la poesía lírica en enseñar el arte maligno de corromper el corazón, ó en burlarse del pudor bajo el pretexto alévoso de suministrar antidotos para extinguir la llama de las pasiones funestas? Bien sé, que ya para desenfrenar las pasiones, ya para estimularlas con remedios aparentes, no es un hecho nuevo la aparicion de poetas desvergonzados y escritores prostituidos, cuando todavía se entretienen los amigos de las letras con los tristes clamores que partian desde el Ponto hasta la corte de Augusto, á interesar la clemencia del Cesar con las protestas inútiles de un tardío arrepentimiento: pero también sé, que para oprobio de la civilizacion moderna, no tiene ya otra retentiva, que la venganza y el despecho, la desmesurada procacidad, la insoportable coqueteria y la inmunda licencia de la musa lírica.

Hablando, Señores, de la epopeya, bien supondréis, que sin descender al mecanismo del particular artificio de un poema, quiero referirme principalmente al genio que inventa, al talento que fecunda y distribuye, y á la sociedad misma que se franquea tanto al uno como al otro, para que no se pierdan en miserables juegos de espíritu, y agoten en chistosos epigramas ese poder sublime de concepcion, que ha hecho la gloria de Home-

(*) *¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?*

EL MISMO. EPISTOLA MORAL.